

EL GENERAL PEDRO JOSE MENDEZ

GUERRILLERO DE GUERRILLEROS

POR

JUAN MANUEL TORREA

MEXICO

IMPRESA DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1935

EL GENERAL PEDRO JOSÉ MENDEZ

BIOGRAFÍA DE SU VIDA

EL GENERAL PEDRO JOSÉ MENDEZ

920
M35
L67

EL GENERAL PEDRO JOSE MENDEZ

GUERRILLERO DE GUERRILLEROS

POR

JUAN MANUEL TORREA

MEXICO

IMPRESA DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1935



General Pedro José Méndez

Honor al tamaulipeco comba-
tiente contra los invasores fran-
ceses, y homenaje a la pantalo-
nera y al jarano.

EL general Pedro José Méndez, nació el 22 de noviembre de 1836, en la Hacienda de San Agustín (rancho de "El Enchilado"), cercana al antiguo poblado de Hoyos, hoy Villa de Hidalgo. Fueron sus padres el señor Pedro José Méndez y la señora Agapita Ortiz. En algunas notas de su expediente se hace constar que parte de sus primeros años los dedicó a la cría de ganado.

Su carrera militar, como la de la generalidad de nuestros guerrilleros, fué irregular. Se desprende de constancias escritas por sus superiores, que sus simpatías por la Revolución de Ayutla y por la idea republicana lo decidieron a seguir la carrera de las armas, incorporándose a las tropas del general don Juan José de la Garza el 25 de marzo de 1858. Con fecha del día anterior dirigía una carta a la señora su madre desde Altamira, en que le decía: "Mañana salgo para el campo de Canalizo a presentarme al general; las cosas parece que marchan bien; he sabido que los tampiqueños, temerosos del bombardeo, tratan de capitular y no tengas cuidado,

madre, porque tengo siete vidas como los gatos.” Le mandaba pedir el resto de su ropa y el caballo tordillo de Bernabé, por “brincador.”

Fué graduado comandante y coronel a poco de comenzar su azarosa carrera, y ascendido a General de Brigada por el Presidente Juárez, fir-mándole el despacho en el histórico Palacio de la ciudad de Chihuahua, el 16 de julio de 1865.

El general Méndez contrajo matrimonio en segundas nupcias con la honorable dama doña María de Jesús Moncayo, originaria de San Luis Potosí, a las 8 de la noche del 25 de fe-brero de 1864, en Ciudad Victoria. El general Méndez, con toda justificación, temía las represalias, y fué por eso por lo que a su esposa la llevaba a retaguardia de la guerrilla, confiada a un oficial y escolta de su confianza, para que, oportunamente, la apartaran del teatro del com-bate y la condujeran a lugar oculto y seguro, en tanto pasaban los momentos de peligro.

La víspera de tomar contacto con el enemi-go, hubo necesidad de dejar en reposo a la se-ñora, que se encontraba ya enferma y próxima a tener su primero y único parto. El hábil oficial que la custodiaba descubrió una cueva; pero al acercarse los soldados para explorarla, tuvieron un desagradable encuentro con dos tigres que allí se albergaban; los que desde luego fueron muertos a tiros por los hombres de la escolta.

Se revisó con todo cuidado la cueva nuevamente; se improvisó una cama de campaña con rastrojo que encontraron en las inmediaciones; y allí, en la sierra de Tamaulipas, cercana al severo Peñón del Bernal, nació la hija única del ameritado guerrillero. Cuando le daban cuenta al general del nacimiento de la niña, los trompetas de la guerrilla hacían sonar las alegres notas de la diana, contentos todos por haber alejado al enemigo; y entonces nuestro héroe, sin titubear, dictó el nombre para la originaria de la agreste serranía tamaulipeca: "María Diana." Hasta en ese detalle familiar se destaca elocuente la recia aptitud del guerrillero vocacional.

Había comenzado, inquieto y nervioso luchador, en la "Guerra de los Tres Años" al lado del general Juan José de la Garza, conjuntamente con toda aquella pléyade de tamaulipecos, en que se distinguieron bravíamente: Servando Canales, Leonides Cristo, Juan N. Cortina, Francisco Estrada, Francisco y Braulio Vargas, Julián Cerda, Manuel Cuesta, Agapito Villegas y tantos otros que levantaron y mantuvieron muy alto el pendón de la patria chica.

A principios del año de 1864, las guerrillas tamaulipecas y veracruzanas, mandadas, respectivamente, por los coroneles Pedro J. Méndez y Ascensión Gómez y por el general Desiderio Pavón, hostilizaban en tal forma y con tan buen

éxito a las tropas francesas del ejército de línea, que el mando invasor determinó el relevo del coronel Hennique, que con sus tropas tenía confiadas las operaciones sobre Tampico y alrededores, enviando al contra-guerrillero Carlos Dupin, con misiones poco honrosas y asaz criminales.

Aquella contra-guerrilla no sólo estaba integrada por coloniales bandidos, sino también por franceses, españoles, mexicanos traidores a la patria, americanos, holandeses, suizos, etc., etc., aventureros todos que formaban una banda de truhanes armados y uniformados; era un conjunto heterogéneo que recordaba el nauseabundo contubernio del negrero y del pirata.

LA GUERRILLA FRANCESA

Comenzó ésta sus fechorías en Veracruz con atentados y crímenes sombríos, que no son para descritos en estos párrafos, que quieren hablar sólo de las virtudes patrióticas de los mexicanos. De allí, los contra-guerrilleros pasaron a combatir y acuchillar al brioso pueblo tamaulipeco, principalmente a la guerrilla fugaz y denodada, a la de movilidad de *leyenda*, que organizó Pedro J. Méndez, el patriota de *legen-*

daria añoranza, el testarudo matador de invasores de la Patria Mexicana.

Entraron los vándalos por la histórica Villa de Croix, y en aquel pequeño poblado se recordaba hasta hace algunos años, con amargura, cómo había comenzado sus fechorías el burdo coronel Dupin, que llevaba a su vera a aquella linda joven llamada Pepita, mujer de leyenda y de singular actitud, a la que se le hizo confesar lo que sabía de los invasores, cuando al ser aprehendida, se le echó una soga al cuello y, sin embargo, sólo hablaba en el instante en que la cuerda la oprimía y la levantaba del suelo... El coronel Méndez, el bravo charro mexicano, desde aquel día economizó el plomo para matar invasores, y usaba de la reata que servía para muchos...

Las tropelías que cometieron los secuaces de Dupin al entrar en Tamaulipas, no son para describir, y llenarían muchas páginas si nos propusiéramos recopilar todo aquel esplendor de miseria humana que quería disimular los decretos del ejército de ocupación. Se hacía lujo de la crueldad del aventurero—esos no son soldados—y la exposición del crimen era la bandera de marcha de la contra-guerrilla.

Se quería tomar como pretexto, para pretender disimular la criminal actitud del coronel Dupin, del contra-guerrillero asesino, que los

procedimientos por él empleados, no iban dirigidos contra tropas regulares. ¡Como si los patriotas y las mujeres mexicanas, no merecieran acaso más consideraciones que las mismas tropas regulares!

Con la presencia de la guerrilla arrasadora y de instintos bestiales, aumentó en Tamaulipas el odio para el indigno representante de los invasores de la Patria, a la sazón que el gran denodado tamaulipeco, el general Pedro J. Méndez, había sido premiado con la banda de General de Brigada Auxiliares del Ejército, por la campaña viril y enérgica que inició y desarrolló en su Estado natal. Ofrendó sus juramentos ante la bandera tricolor y ofreció, y lo cumplió exactamente—llevaba la cuenta— de dar muerte cuando menos cada día a uno de aquellos aventureros, desde al traidor mexicano unido a ellos, hasta al extranjero pernicioso y de instintos de pirata, que para vergüenza de los soldados de pundonor, ostentaba galones y colorines, que sólo deberían haber traído los oficiales honestos y de virtudes militares.

Se recordaba por los supervivientes de la guerra internacional aquel hecho del bandolero francés, que consistió en que no pudiendo vengarse de las burlas de que era objeto por aquellos mexicanos de pantalonera y de jarano, se dirigió a Ozuluama en busca del general Pavón,

y como no lo encontrara, se vengó encarnizadamente, mandando reducir a cenizas, sin piedad, el poblado de donde era originario dicho bravo guerrillero.

LA GUERRILLA MEXICANA

Nuestra guerrilla estaba constituida por un grupo pequeño o grande de charros—de diestrisimos jinetes tamaulipecos—de aquellos que amanzaban el potro en un mismo día, de los típicos por su destreza, por su dominio sobre el bruto y por su carácter indomable. Un grito bastaba para que atemorizaran a su penco; salían al amanecer de su acantonamiento, “de su cantón,” jaloneando con largo cabestro al *cuaco* que reparaba y tiraba coces a diestro y siniestro, y regresaban al caer la tarde, ya montados, con el bruto de bozal, y trayendo en las ancas un grueso manojo de rastrojo. . . El potro estaba de rienda—muy mal hecho—pero con él cargaban machete en mano y burlaban los servicios de seguridad de las avanzadas francesas que se lanzaban a buscarlos. . .

Así estaba organizada la guerrilla de aquellos centauros indomables; acantonaban o vivaqueaban donde nadie los veía, entre los zarzales y la maleza, entre los chaparros (conjunto de



árboles llamados de ese modo) a un metro o a cien de los pasos obligados o de los caminos que debería de seguir forzosamente la diabólica contra-guerrilla del coronel Dupin, la cual, siempre en alarma, constantemente sorprendida por “la madrugada,” por el “albazo” oportuno y trágico, iba dejando regueros de sangre aventurera, de aquellos criminales y perversos, que no teniendo la menor idea de la patria, se contrataban por soldada ridícula para asesinar patriotas en aras del mercenario que los pagaba.

De aquella conducta depravada de los mercenarios del coronel Dupin, nació la idea de desquite, tan ardorosamente llevada a la práctica por esos y otros pueblos de añeja civilización—el mismo pueblo francés uno de ellos—y por el propio general Méndez, y al ofrecer—como ya lo asentamos—ante el solio de su ideal dar muerte cuando menos a un invasor al día, no encerró su protesta una fanfarronada, pues con creces supo cumplirla, y con tal exactitud, que alarmó a la misma crueldad de su antagonista, expresamente importado con aquella legión de feroces argelinos, que ni con su fiereza consiguieron dominar el ánimo excelsamente patriótico del valiente pueblo tamaulipeco, con sus bizarros rancheros, azote formidable de la contra-guerrilla de aventureros y de caníbales que se ofrendaron por ínfima paga para venir a lle-

nar de oprobio una bandera grandiosa que traía entre sus tres colores, notas de días de gloria legítimamente adquiridos en combates y batallas en que flameó llena de majestad.

El Mariscal Bazaine llegó a desorientarse completamente con la campaña de Tamaulipas, así como por los éxitos de sus adalides jinetes, llegando a tanto su error que hasta firmó un contrato con otro aventurero—un tal Doudebes—para establecer colonias francesas en el territorio tamaulipeco, proyecto que, como otros tan descabellados, no pudo llevarse a la práctica.

La contra-guerrilla era acosada constantemente y sorprendida por “albazos” y “madrugadas” de las tropas del general Méndez. El 11 de abril de 1864 los invasores atacaron en Temapache a los “Fieles de Tamaulipas,” comandados por el general Carbajal y por el coronel Canales. Los republicanos lograron romper la línea y se concentraron a Tencasnequi. El todavía coronel Méndez, no dejó de hostilizar a los invasores, y después del éxito, siguieron los franceses perdiendo gente en las continuas emboscadas que con tanta habilidad les sabía tender el genial guerrillero fronterizo.

La labor del general Méndez, fué la de guerrillero; y así, esplendió en los anales de la pequeña guerra; seguía con olfato de fiera a la columna francesa, dándose el caso alguna vez,

de que la batiera en veinte o más ocasiones, siempre por sorpresa y sin ser descubierto, en el camino de Tampico a Ciudad Victoria.

La contra-guerrilla no descansaba en sus incursiones al interior del Estado; llegó hasta San Fernando de Presas y contramarchó a Ciudad Victoria, inquietada sin tregua por los pequeños combates y escaramuzas a que la obligaba el general Méndez. Demostró suma habilidad—ya no en la guerra de montaña—para atacar Ciudad Victoria, intentona que comenzó el 4 de abril de 1865. Interceptó con suma pericia todos los caminos, y después de 19 días de asedio se apoderó de la plaza, capital del Estado. Como no bastaban los elementos de que disponía para sostenerse en la población que había tomado, se retiró a Tula. De allí, sin desguarnecer la población, fué a situarse a la cuesta de Chamal, desde donde constantemente molestó a la columna del coronel Deloye. La función de armas que al fin llevó a cabo, le fué adversa, pues perdió al valiente teniente coronel Benito Coronado, y se vió obligado a retirarse a Victoria, pero también tuvo que abandonar la capital al aproximarse una fuerte columna francesa a las órdenes del coronel D'Ornano.

Singular estimación adquirió el general Méndez por su fama guerrera, legítimamente conquistada, tanto del Presidente de la Repú-

blica como de los generales Miguel Negrete y Mariano Escobedo.

El primero de los citados generales, el 25 de abril de 1865, le decía entre otras cosas: “en marcha para atacar Matamoros he recibido el parte de usted de haberse apoderado de esa plaza (Ciudad Victoria) cuya noticia mandé publicar en el acto sobre el campamento, solemnizándola con dianas, y ha llenado de entusiasmo a mis soldados.”

La guarnición de Ciudad Victoria salió desarmada para el interior conforme a las bases de la capitulación aprobada por el general Méndez.

El general Escobedo, con fecha 26, desde Monterrey, lo felicitaba calurosamente y le informaba que el hecho había sido celebrado debidamente en la capital regiomontana.

El propio general Negrete le decía en la misma carta: “Aseguro a usted amigo que si el Estado de Tamaulipas, así como los de Nuevo León y Coahuila llegan a unirse y ven desaparecer de su seno las disensiones de sus hijos, seremos fuertes, y el enemigo que se atreva a profanarlos no tardará en recibir el justo castigo... Por mi parte estoy dispuesto a ayudarlo con tropas de mi mando y a que tengamos establecida nuestra correspondencia, a fin de que, recíprocamente, sepamos lo ocurrido y estemos más aptos para efectuar una buena combinación que nos dé

brillantes resultados.—Salude afectuosamente a los Jefes y Oficiales, felicitándolos por su comportamiento . . .”

Pero la columna de ocupación no podía abandonar un momento su vivac de alarma; nuestros bravos rancheros amagaban tenazmente a las avanzadas invasoras, y airoso, a galope y haciendo fuego “valoneados” en su bruto, muchas veces atravesaban la población sacrificando uno que otro argelino, en tanto que ellos escapaban ante la sorpresa de sus adversarios. Uno de tantos días, el trompeta tocaba a “tomar café,” y una pléyade de valerosos charros cruzó la población; uno de ellos lazó al trompeta, y entre intensa alarma y lo brutal del medio para combatir, nada pudieron hacer aquellas tropas impreparadas para la guerra de montaña y para la pequeña guerra. Desde aquel día, aun dentro de los acantonamientos, vivían los franceses manteniendo un continuo y especial servicio de sobrevigilancia.

Uno de los lugartenientes del general Méndez—el coronel Francisco C. Vargas—había causado serios descabros a las columnas expedicionarias de franco-tiradores, arrebatando al enemigo, cerca de la sierra de Tanchipa, cuatrocientas mulas, y el 11 de diciembre infligió daños de consideración a otra partida en la Cuesta del Cantón.

El general Méndez, sin abandonar el sistema de guerrillas, ya había emprendido ataques en que dejaba vislumbrar destellos estratégicos y desarrollos de táctica que había aprendido en la misma sierra tamaulipeca.

Sus exploradores le habían dado noticia de que una columna se aproximaba a Tantoyuquita, escoltando un importante convoy de mercancías europeas, que iba con dirección a San Luis Potosí. El mando del convoy y de la columna se había confiado al ameritado coronel Jaquin, y al sentir los movimientos de los republicanos tomó posiciones en el pueblo para defender los \$200,000.00 que tenía a su cuidado. El general Méndez se presentó frente a las improvisadas defensas de sus adversarios, el 23 de enero de 1866, y dividió sus columnas de ataque, lanzándolas por cuatro rumbos. Este fué formidable y sostenido; salvaron las improvisadas trincheras, las rebasaron, y pasaron a cuchillo a todos los defensores. El coronel Jaquin, con unos cuantos de los suyos, pudo salvarse a uña de caballo, y las tropas republicanas se anotaban otro acto de heroicidad más, aunque con la profunda pena, con el duelo nacional, de haber perecido en esa acción el heroico general Méndez.

Unos cuantos leales que pudieron abandonar el teatro de las hazañas de aquel formidable guerrillero, lo condujeron a Victoria. Atravesá-

do sobre una cabalgadura, y salvando en tres días la distancia entre el lugar de la acción y la capital del Estado, así lo reintegraron al centro que fué de sus hazañas y de sus estupendas manifestaciones de patriotismo. El coronel Gómez, con el mando de la columna, lo escoltó hasta la capital y, de allí, fué remitido a la Villa de Hidalgo para entregarlo a su madre y a su esposa.

La República perdía con la muerte del general Méndez, en acción heroica, a uno de sus mejores representantes, y fué tan grande el prestigio que adquirieron las tropas de Tamaulipas por la acción en que perdió la vida aquel patriota, que, de nuevo, se ordenó la marcha de la contra-guerrilla al interior del Estado.

El bandolero coronel Dupin perdía a su adversario conspicuo; ya no se le enfrentaría más aquel singular tamaulipeco que sabía responder con osadía a las vulgares incursiones del contra-guerrillero; ya no sería acosado a toda hora por aquel que en debida correspondencia esplendía como denodado y con sus matazones buscadas por la reciprocidad. Tamaulipas lloraría la ausencia del jefe republicano que respondía con el fuego, con el sable y el cuchillo y con la reata, a los que criminalmente le disputaban la independencia y la libertad de su patria; a aquellos que a él y a los suyos los declaraban bandidos y fuera de la ley; a aquellos que cazaban como

a alimañas, a los mexicanos patriotas, a aquellos que incendiaban pueblos en nombre de la civilización y de un ensayo ridículo de imperio; que declaraban guaridas a las habitaciones de hombres honrados y trabajadores; que fusilaban y ahorcaban sin razón y sin formación de causa; que atropellaban mujeres y les daban muerte despiadadamente.

El general Méndez, basado en la suprema ley de defensa de la patria, y el sufrido y abnegado pueblo tamaulipeco, que no aceptaba aventureros extraños para que lo gobernaran, mataba sin piedad en debida correspondencia a la actitud criminal y arrasadora que empleó la contra-guerrilla del coronel Dupin, organizada con elementos de la más refinada perversidad y de todas las nacionalidades que solicitaran su ingreso en sus filas.

El héroe tamaulipeco era implacable para imponer la pena de muerte a los extranjeros invasores o a los mexicanos sus aliados; solía usar de cierta clemencia para con los segundos, ya que les preguntaba, cuando caían prisioneros, a dónde querían ir: si a "Morelos o a Horcasitas"—dos pueblos del Estado—y ordenaba que los fusilaran o ahorcasen, según su elección referida a los nombres de esos pueblos, pero a los prisioneros de la contra-guerrilla, indefectiblemente los mandaba a "Horcasitas," para

evitarse el gasto de la pólvora que tanta falta le hacía para seguir combatiendo al invasor, y, al dar las órdenes, con rabia siempre, recordaba a su adversario el coronel Dupin, que había usado del dogal tan despiadadamente para atemorizar a nuestras patriotas mujeres de Tamaulipas.

* * *

El drama imperial, el que costó a México tanta sangre derramada en holocausto indebido de un ambicioso y de un usurpador, acabó funestamente, y sus principales actores lo fueron de hechos trágicos: el Emperador Napoleón III fué arrojado de las Tullerías, no sin que hubiera presenciado desde lo alto de su trono—también usurpado—los efectos de una catástrofe que determinó la caída de su pésimo Gobierno; el Archiduque austriaco fué pasado por las armas, por sentencia que le impuso la misma ley bárbara que había expedido para sacrificar a los patriotas mexicanos; el general Bazaine fué consignado a un Consejo de Guerra, y el coronel Dupin se disparó un balazo como cualquier vulgar suicida... En cambio, el general Pedro J. Méndez, hizo sesenta y nueve años el 23 de enero próximo pasado, que pasa revista de presente en nuestros escalafones militares, con la

sencilla pero honrosa nota de "*Sucumbió por salvar a su Patria en Tantoyuquita.*"

No escatimo respeto y admiración a los selectos cuerpos franceses que, en buena lid y en el cumplimiento de su deber, combatieron a nuestras abnegadas tropas, tan ejemplar como valientemente conducidas por nuestros heroicos oficiales.

Pero rindo un recuerdo perenne y un homenaje sincero al patriota tamaulipeco, general Pedro J. Méndez, el guerrillero cumbre de la lucha contra la intervención francesa; al general de guerrilleros, que tan airosa como tan denodadamente supo luchar con aquel gran bandolero importado, el coronel Carlos Dupin, con tropas reclutadas en las Colonias—lo más perverso y desalmado—expresamente para venir a combatir a aquel valientísimo y rápido jinete, que supo traer en jaque, en guerra de montaña, en guerra entre chaparros y matorrales, a las tropas de ocupación.

Como el general Canales—de cuya extraordinaria figura me ocuparé en breve—el general Méndez jamás vistió de militar. Su traje de gala y de combate lo ostentan retratos: supo hacer honor al típico traje nacional; homenaje a la pantalonera con botonadura de plata y el jarrón con galones de oro.